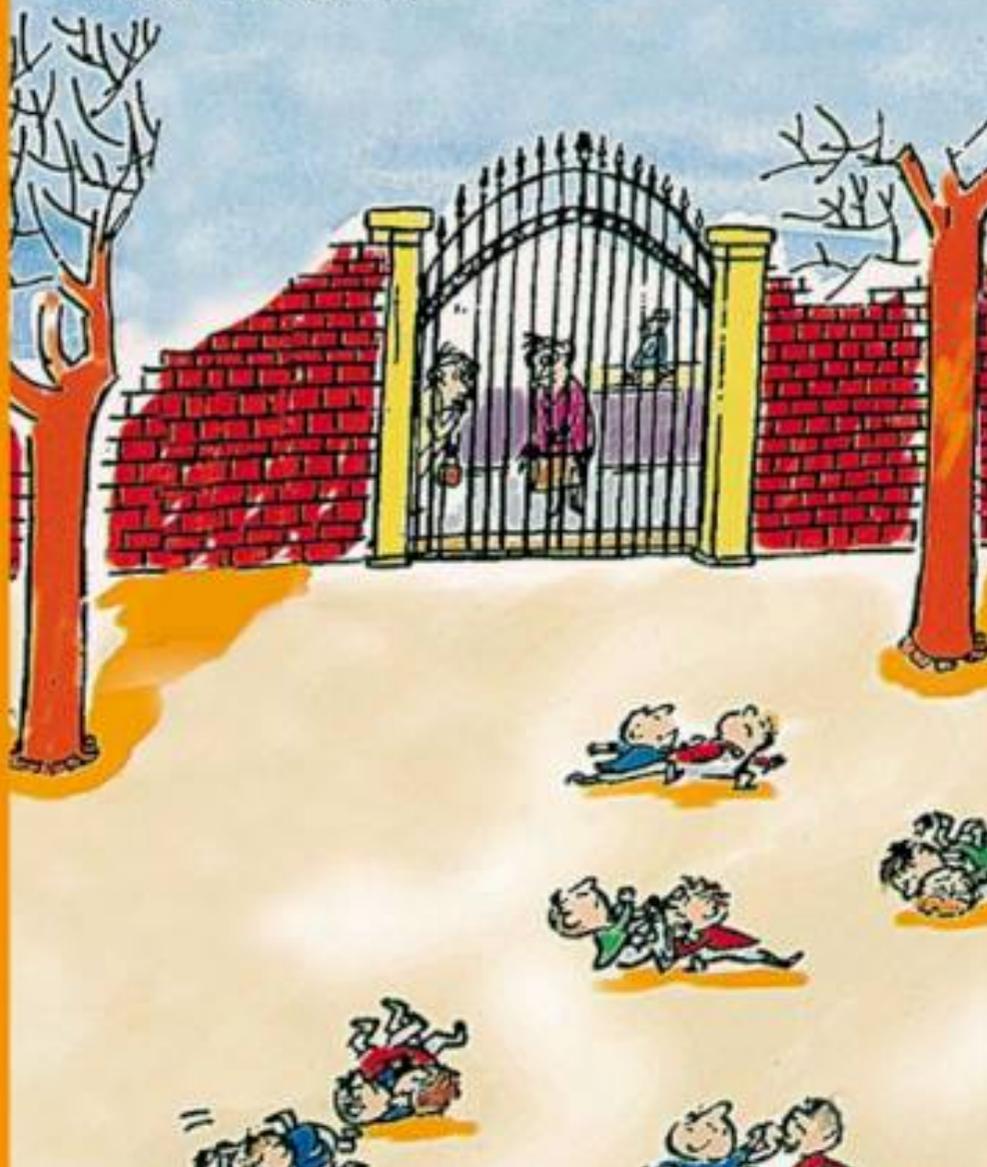


Los recreos del pequeño Nicolás

Sempé / Goscinny

Ilustraciones de Sempé



A Nicolás y sus amigos, el sonido que produce la campana cuando llega la hora del recreo les suena a música celestial. Y es que por fin van a poder poner en práctica todo lo que se les ha pasado por la cabeza.

Han expulsado a Alcestes

Ha pasado una cosa terrible en la escuela: ¡expulsaron a Alcestes!

La cosa ocurrió durante el segundo recreo de la mañana.

Estábamos todos allí, jugando al balón-tiro, ya sabéis cómo se juega: el que tiene la pelota trata de darle con ella a un chaval y después el chaval llora y a su vez tiene que tirar. Es fenómeno. Los únicos que no jugaban eran Godofredo, que faltaba a clase; Agnan, que repasa siempre sus lecciones durante el recreo, y Alcestes, que se comía su última tostada de mermelada de la mañana. Alcestes guarda siempre su rebanada más grande para el último recreo, que es un poco más largo que los demás. Le tocaba tirar a Eudes, y eso no ocurre a menudo; como es muy fuerte, siempre intentamos no darle con la pelota, porque cuando quien tira es él hace mucho daño. Y entonces Eudes apuntó a Clotario, que se tiró al suelo con las manos en la cabeza; la pelota pasó por encima de él y, ¡bang!, fue a darle en la espalda a Alcestes, que soltó su rebanada, que cayó del lado de la mermelada. A Alcestes no le gustó la cosa; se puso todo rojo y empezó a dar gritos; entonces el Caldo — es nuestro vigilante— vino corriendo a ver lo que pasaba, pero no vio la rebanada, y entonces la pisó, resbaló y estuvo a punto de caer. Se quedó muy extrañado el Caldo, ¡su zapato estaba lleno de mermelada! Alcestes se puso hecho una fiera, agitó los brazos y gritó:

—¡Caracoles! ¡Cáscaras! ¡Podía mirar por dónde pisa!, ¿no? Es cierto, ¡no estoy de broma!

Estaba realmente furioso Alcestes; hay que decir que no admite bromas con su comida, sobre todo cuando es la rebanada del último recreo. El Caldo tampoco estaba muy contento.

—¡Míreme bien a los ojos! —le dijo a Alcestes—. ¿Qué ha dicho usted?

—He dicho que cáscaras, caracoles, ¡no tiene usted derecho a pisar mis rebanadas! —gritó Alcestes.

Entonces el Caldo cogió a Alcestes del brazo y se lo llevó con él. Cuando andaba, el Caldo hacía ¡*chuic, chuic!*, por culpa de la mermelada que tenía en el pie.

Y después el señor Mouchabière tocó el final del recreo. El señor Mouchabière es un nuevo vigilante y aún no hemos tenido tiempo de encontrarle un mote divertido.

Entramos en clase y Alcestes seguía sin aparecer. La maestra se extrañó.

—¿Dónde está Alcestes? —nos preguntó.

Íbamos a contestarle todos cuando se abrió la puerta de la clase y entró el director, con Alcestes y el Caldo.

—¡En pie! —dijo la maestra.

—¡Siéntense! —dijo el director.

No tenía pinta de contento el director, el Caldo tampoco; Alcestes tenía su gorda cara toda llena de lágrimas y sorbía por la nariz.

—Hijos míos, su camarada ha sido de una grosería incalificable con el Cald..., con el señor Dubon —dijo el director—. No puedo encontrar excusas para esa falta de respeto hacia un superior y una persona mayor. Por consiguiente, su camarada será expulsado. No ha pensado, ¡oh, claro!, en la inmensa pena que va a causarles a sus padres. Y si en el futuro no se enmienda, acabará en la cárcel, que es la suerte inevitable de todos los ignorantes: ¡Que esto les sirva de lección a ustedes!

Y después el director le dijo a Alcestes que cogiera sus cosas. Alcestes fue a recogerlas llorando, y después se mar-

chó, con el director y el Caldo.

Nosotros nos quedamos todos muy tristes.

Y la maestra también.

—Trataré de arreglar eso —nos prometió.

¡Qué estupenda puede ser la maestra, de todas formas!

Cuando salimos de la escuela, vimos a Alcestes, que nos esperaba en la esquina de la calle comiendo un bollito de chocolate. Tenía un aspecto muy triste Alcestes cuando nos acercamos a él.

—¿Aún no has vuelto a tu casa? —le pregunté.

—Pues no —dijo Alcestes—, pero voy a tener que ir, es la hora del almuerzo. Cuando se lo cuente a papá y a mamá, apuesto a que me castigan sin postre. ¡Ah! Os juro que el día que...

Y Alcestes se marchó, arrastrando los pies y masticando suavemente. Casi teníamos la impresión de que se esforzaba por comer. ¡Pobre Alcestes! Estábamos muy fastidiados por él. Y luego, por la tarde, vimos llegar a la escuela a la madre de Alcestes, que no parecía muy contenta y que llevaba a Alcestes de la mano. Entraron a ver al director y el Caldo fue también.

Y un poco después estábamos en clase cuando el director entró con Alcestes, que lucía una enorme sonrisa.

—¡En pie! —dijo la maestra.

—¡Siéntense! —dijo el director.

Y después nos explicó que había decidido darle otra oportunidad a Alcestes. Dijo que lo hacía pensando en los padres de nuestro camarada, que estaban muy tristes ante la idea de que su hijo corría el riesgo de ser un ignorante y acabar en la cárcel.

—Su camarada ha presentado sus excusas al señor Dubon, que tuvo la bondad de aceptarlas —dijo el director—; espero que su camarada sea agradecido ante tanta indulgencia y que, tras los frutos y advertencias de esta lección, sepa hacerse perdonar en el futuro, con su conducta, la grave falta que cometió hoy. ¿No es así?

—Pues... sí —contestó Alcestes.

El director lo miró, abrió la boca, lanzó un suspiro y se marchó.

Nosotros estábamos realmente contentos; nos pusimos todos a hablar a la vez, pero la maestra golpeó su mesa con la regla y dijo:

—Sentados todos. Alcestes, vaya a su sitio y pórtese bien. Clotario, salga al encerado.

Cuando tocaron al recreo, bajamos todos, salvo Clotario, que está castigado, como siempre que le preguntan. En el patio, mientras Alcestes se comía su bocadillo de queso, le preguntamos cómo habían ido las cosas en el despacho del director, y entonces llegó el Caldo.

—Vamos, vamos —dijo—, dejad tranquilo a vuestro camarada. El incidente de esta mañana se ha terminado. ¡Id a jugar! ¡Vamos!

Y cogió a Majencio por el brazo y Majencio empujó a Alcestes y el bocadillo de queso cayó al suelo.

Entonces Alcestes miró al Caldo, se puso muy rojo, empezó a agitar los brazos y gritó:

—¡Caracoles! ¡Cáscaras! ¡Es increíble! ¡Ya vuelve usted a empezar! Es cierto, ¿eh?, sin bromas, ¡es usted incorregible!



La nariz de tito Eugenio

Papá me llevó a la escuela hoy, después de comer. Me encanta cuando papá me acompaña, porque suele darme dinero para comprar cosas. Y esta vez tampoco falló. Pasamos ante la juguetería, y en el escaparate vi narices de cartón de esas que se pone uno en la cara para hacer reír a los compañeros.

—Papá —dije—, ¡cómprame una nariz!

Papá dijo que no, que yo no necesitaba una nariz; pero le enseñé una muy grande, toda roja, y le dije:

—¡Oh! ¡Sí, papá! ¡Cómprame aquella, parece la nariz de tito Eugenio!

Tito Eugenio es el hermano de papá; es gordo, gasta bromas y ríe sin parar. No lo vemos mucho, porque viaja, para vender cosas muy lejos: en Lyon, en Clermont-Ferrand y en Saint-Etienne. Papá se echó a reír.

—Es cierto —dijo papá—, parece la nariz de Eugenio, en pequeño. La próxima vez que venga a casa me la pondré.

Y después entramos en la tienda, compramos la nariz y me la puse en la cara; se aguanta con una goma, y después papá se la puso en la cara, y después la vendedora me la puso en mi cara, nos miramos todos en un espejo y nos divertimos una barbaridad. ¡Diréis lo que queráis, pero mi padre es formidable!



Al dejarme en la puerta de la escuela, papá me dijo:
—Y, sobre todo, pórtate bien y trata de no tener problemas con la nariz de Eugenio.

Se lo prometí y entré en la escuela.

En el patio vi a mis compañeros y me puse mi nariz para enseñársela y nos lo pasamos todos bomba.

—Parece la nariz de mi tía Clara —dijo Majencio.

—No —dije yo—, es la nariz de mi tío Eugenio, el que es explorador.

—¿Me prestas la nariz? —me preguntó Eudes.

—No —contesté—. Si quieres una nariz, ¡pídele a tu papá que te compre una!

—Si no me la prestas, ¡le doy un puñetazo a tu nariz! —me dijo Eudes, que es muy fuerte; y, ¡bang!, pegó en la nariz de tito Eugenio.

A mí no me hizo daño, pero tuve miedo de que hubiese roto la nariz de tito Eugenio; entonces la guardé en el bolsillo y le di una patada a Eudes. Allí estábamos, pegándonos, con los compañeros que miraban, cuando llegó corriendo

el Caldo. El Caldo es nuestro vigilante, y un día de estos os contaré por qué le llamamos así.



—¿Qué? —dijo el Caldo—. ¿Qué ocurre aquí?

—¡Es Eudes! —dije—. Me ha dado un puñetazo en la nariz y me la ha roto.

El Caldo abrió mucho los ojos, se bajó para poner su cara delante de la mía y me dijo: «A ver, enséñame...».

Entonces yo saqué del bolsillo la nariz de tito Eugenio y se la enseñé. No sé por qué, pero se puso hecho una fiera el Caldo al ver la nariz de tito Eugenio.

—Míreme bien a los ojos —dijo el Caldo, que se había levantado—. No me gusta que se burlen de mí, amiguito. Vendrá castigado el jueves, ¿entendido?



Yo me eché a llorar y entonces Godofredo dijo:

—¡No, señor, no es culpa suya!

El Caldo miró a Godofredo, sonrió y le puso la mano en el hombro.

—Está muy bien, pequeño, eso de acusarse para salvar a un compañero.

—Sí —dijo Godofredo—, la culpa no es suya, es de Eudes.

El Caldo se puso muy rojo, abrió la boca varias veces antes de hablar y después castigó a Eudes, a Godofredo y a Clotario, que se estaba riendo. Y se fue a tocar la campana.

En clase, la maestra empezó a explicarnos historias de cuando Francia estaba llena de galos. Alcestes, que está sentado a mi lado, me preguntó si la nariz de tito Eugenio estaba realmente rota. Yo le dije que no, que solo estaba un poco aplastada en la punta, y después la saqué del bolsillo para ver si podía arreglarla. Y lo fenómeno es que empujando con el dedo por dentro conseguí darle la forma que tenía antes. Estaba encantado.

—Póntela para verla —me dijo Alcestes.

Entonces me metí debajo del pupitre y me puse la nariz. Alcestes miró y dijo:

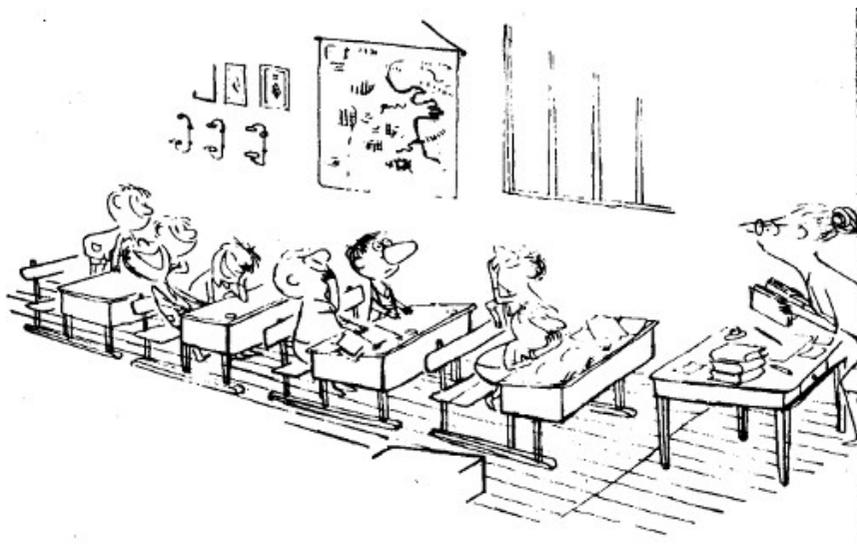
—Vale, está muy bien.

—¡Nicolás! ¡Repita lo que acabo de decir! —gritó la maestra, que me dio un susto.

Yo me levanté de golpe y tenía muchas ganas de llorar, porque no sabía qué acababa de decir la maestra, y a ella no le gusta que no la escuchen. La maestra me miró con los ojos muy abiertos, como el Caldo.

—Pero... ¿qué tiene en la cara? —me preguntó.

—¡Es la nariz que me compró mi papá! —expliqué llorando.



La maestra se enfadó y se puso a gritar, diciendo que no le gustaban los bufones y que si continuaba así me expulsarían de la escuela y me convertiría en un ignorante y sería la vergüenza de mis padres. Y después me dijo:

—¡Tráigame esa nariz!

Entonces yo fui llorando, puse la nariz en la mesa de la maestra y ella dijo que la confiscaba, y después me dio para conjugar el verbo: «Yo no debo traer narices de cartón a la clase de historia, con el fin de hacer el bufón y distraer a mis compañeros».

Cuando volvía a casa, mamá me miró y me dijo:

—¿Qué tienes, Nicolás? Estás paliducho.

Entonces me eché a llorar, le expliqué que el Caldo me había castigado cuando saqué la nariz de tito Eugenio del bolsillo, y que la culpa era de Eudes, que había aplastado la punta de la nariz de tito Eugenio, y que en clase la maestra me había dado cosas para conjugar, por culpa de la nariz de tito Eugenio, que me había confiscado. Mamá me miró con aspecto muy asombrado, y después me puso la mano en la frente, y me dijo que tendría que acostarme un rato y descansar.

Y después, cuando papá volvió de su oficina, mamá le dijo:

—Te esperaba impaciente, estoy muy preocupada. El niño ha vuelto de la escuela muy nervioso. Me pregunto si habría de llamar al médico.

—¡Ya está! —dijo papá—. Estaba seguro, ¡y eso que se lo avisé! ¡Apuesto a que ese aturdido de Nicolás ha tenido problemas con la nariz de Eugenio!

Y entonces todos tuvimos mucho miedo, porque mamá se puso mala y hubo que llamar al médico.



El reloj

Ayer por la tarde, después de que volví de la escuela, vino un cartero y trajo un paquete para mí. Era un regalo de la abuela. Un regalo terrible, nunca adivinaríais lo que era: ¡un reloj de pulsera! Mi abuela y mi reloj son estupendos y mis compañeros van a poner una cara la mar de graciosa. Papá no estaba, porque esa noche tenía una cena de trabajo, y mamá me enseñó cómo había que hacer para darle cuerda al reloj y me lo puso en la muñeca. Afortunadamente, sé leer bien la hora, y no como el año pasado, cuando era pequeño, que me habría visto obligado a preguntar todo el tiempo a la gente qué hora es en mi reloj, lo cual no habría sido fácil. Lo mejor que tenía mi reloj era una gran aguja que daba vueltas más de prisa que las otras dos, que no se ven moverse si no se mira bien y durante mucho tiempo. Le pregunté a mamá para qué servía la aguja grande y me dijo que era muy práctica para saber si estaban listos los huevos pasados por agua.

Lástima que a las siete y treinta y dos, cuando nos sentamos a la mesa mamá y yo, no había huevos pasados por agua. Yo comía mirando mi reloj y mamá me dijo que me diera prisa, porque se enfriaría la sopa; entonces acabé mi sopa en dos vueltas y un poco de la aguja grande. A las siete y cincuenta y uno mamá trajo el trozo de pastel fenómeno que había quedado del mediodía y nos levantamos de la mesa a las siete y cincuenta y ocho. Mamá me dejó jugar un poquito, yo pegaba la oreja al reloj para oír el tic-tac y después a las ocho y quince, mamá me dijo que fuera a acostarme. Yo estaba muy contento como la vez que me

regalaron una pluma que soltaba manchas por todas partes. Quise quedarme con el reloj en la muñeca para dormir, pero mamá me dijo que eso no era bueno para el reloj, y entonces lo puse en la mesa de noche, donde podía verlo bien si me ponía de lado, y mamá apagó la luz a las ocho y treinta y ocho.

¡Entonces fue formidable! ¡Los números y las agujas de mi reloj brillaban en la oscuridad! Si hubiera querido hacer huevos pasados por agua no tendría necesidad de encender la luz.

No tenía ganas de dormir, miraba mi reloj sin parar y así oí abrirse la puerta de casa: era papá, que volvía. Estaba muy contento, porque podría enseñarle el regalo de la abuela. Me levanté, me puse el reloj en la muñeca y salí del cuarto.

Vi a papá que subía de puntillas la escalera.

—¡Papá! —grité—. ¡Mira qué bonito reloj me regaló la abuela!



Papá se quedó muy sorprendido, tan sorprendido que estuvo a punto de caerse por la escalera.

—¡Chist! ¡Nicolás! ¡Chist! —me dijo—. Vas a despertar a tu madre.

Se encendió la luz y vimos a mamá salir de su cuarto.

—Su madre ya se despertó —dijo mamá a papá, no muy contenta, y después le preguntó si eran horas de volver de una cena de negocios.

—¿Cómo? —dijo papá—. No es tan tarde...

—Son las once y cincuenta y ocho —dije muy orgulloso, porque me encanta ayudar a mi papá y a mi mamá.

—Tu madre siempre tiene buenas ideas para los regalos —le dijo papá a mamá.

—No es el momento de hablar de mi madre, sobre todo delante del niño —contestó mamá, que no tenía pinta de bromear; y después me dijo que fuera a acostarme, cariño, y que soñara con los angelitos.



Volví a mi cuarto, oí a papá y a mamá hablar un rato y empecé mi sueño a las doce y catorce.

Me desperté a las cinco y siete; empezaba a ser de día y era una lástima, porque los números de mi reloj brillaban menos. No tenía prisa por levantarme, porque no había clase; pero me dije que podía ayudar a mi papá, que siempre